

SERGIO ROSELL NEBREDA

**LA NUEVA IDENTIDAD
DE LOS CRISTIANOS**

El himno a Cristo
en la Carta a los filipenses

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2010

Para Annette, Andrea, Josh y Pieter,
con quienes comparto la aventura
de construir una identidad cristiana en familia.
La vida tiene mucho más sentido estando a vuestro lado.

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Sergio Rosell Nebreda
© Ediciones Sígueme S.A.U., 2010
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1748-2
Depósito legal: S. 1125-2010
Impreso en España / Unión Europea
Imprime Gráficas Varona S.A., Salamanca

CONTENIDO

PRÓLOGO	11
1. La aportación de las ciencias sociales	14
2. El problema de la identidad (cristiana)	17
1. UNA NUEVA FORMA DE ESTUDIAR LA CARTA A LOS FILIPENSES	23
1. Aportaciones novedosas	23
2. La Carta a los filipenses	27
a) Situación histórica	27
b) Su unidad	32
c) Su estructura	34
3. El centro neurálgico de la Carta	37
2. LA SOCIEDAD MEDITERRÁNEA DEL SIGLO I Y LA TEORÍA DE LA IDENTIDAD SOCIAL	39
1. Apuntes sobre la metodología y su aplicación al Mediterráneo del siglo I d.C.	41
2. La teoría de la identidad social	46
3. Filipos, colonia romana	52
4. Estructuras sociales relevantes	62
a) La esclavitud en el mundo grecorromano	64
b) «Amicitia» en el mundo antiguo	70

3. EL HIMNO A CRISTO, NARRATIVA TEOLÓGICA	79
1. Origen y autoría	80
2. Texto bilingüe de Filipenses 2, 6-11	84
a) Primer acto: La existencia exaltada de Cristo	86
b) Segundo acto: La humillación de Cristo	88
c) Tercer acto: La exaltación del humilde	90
4. LA FORMACIÓN DE UNA IDENTIDAD CRISTIANA EN FILI- PENSES	99
1. Función del himno en la Carta a los filipenses .	99
2. Creatividad social: el camino de Jesucristo	104
3. Orientación a la humildad	108
5. EL SELLO DE APROBACIÓN DE DIOS	113
1. La esclavitud redefinida	116
2. El sufrimiento entendido como parte del disci- pulado cristiano	121
3. La vida crística	123
6. EPÍLOGO. La identidad cristiana como invitación a la comunidad de fe	127
<i>Bibliografía</i>	133

Quien siendo en forma de Dios
no consideró como ventaja
el ser igual a Dios,
sino que se vació a sí mismo
tomando la forma de un esclavo,
haciéndose semejante a los hombres;
y mostrándose en forma humana
se humilló a sí mismo
siendo obediente hasta la muerte,
y muerte en cruz;
por lo cual Dios también lo súper-exaltó
y le otorgó un nombre sobre
todo nombre,
para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble
en el cielo y en la tierra y en el abismo
y toda lengua confiese que
Jesucristo es el señor
para gloria de Dios Padre.

(Flp 2, 6-11)

PRÓLOGO

¿Qué significa identificarse como seguidor de Jesús, el Cristo, en nuestro mundo? ¿Basta con testimoniar una pertenencia, más o menos activa, en la Iglesia institucional? A estas dos cuestiones internas al cristianismo cabe añadir otras que vienen de fuera: ¿Qué concepto tienen de «los cristianos» las personas ajenas a esta fe? (pues es muy probable que la idea que tengan sea parte importante de la identificación que los propios cristianos tienen de sí mismos). ¿Se piensa, acaso, que los cristianos son personas tan preocupadas por el «más allá» que de poco sirven en el contexto del «más acá»? ¿Se les identifica, quizá, con una sociedad de poder, una moralidad antigua y una jerarquía férrea? ¿O, por el contrario, se les ve a la luz de las acciones liberadoras que llevan a cabo sus numerosas organizaciones caritativas y de beneficencia? Todos estos interrogantes internos y externos desembocan en otros no menos relevantes: ¿De dónde surge tal o cuál opinión que se tiene sobre los cristianos? ¿A dónde se mira, en qué se fija la gente para informar su opinión? ¿Qué consideran fundamental los seguidores de Jesús, el Cristo, para definir de manera adecuada lo que significa ser cristiano hoy?

Hace ya dos mil años que Jesús, el Mesías (Cristo), sufrió una muerte cruenta a manos de unos soldados romanos asentados en tierra conquistada a sus moradores

judíos. Mucho ha llovido desde entonces y no menos ha sido escrito acerca de lo que la vida de aquel hombre supuso —y supone aún— para millones de personas en todo el mundo; además, dos milenios de historia de la interpretación han aportado y siguen aportando suficiente materia para alimentar las más variadas discusiones. En este sentido, la interpretación de cualquier texto emblemático que haya acompañado a la Iglesia desde sus orígenes se convierte necesariamente en ocasión de controversias. Tal es el caso de nuestro estudio, centrado en el conocido «himno a Cristo» de la Carta a los filipenses (Flp 2, 6-11), un texto profundo que nos muestra al «Dios abajado».

Hace ya más de un siglo, el especialista Alexander Balmain Bruce comentaba que «la diversidad de opiniones imperante entre los intérpretes acerca del significado de este pasaje sobre la humillación de Cristo [...] es suficiente en sí misma para desesperar al estudioso y causarle una parálisis intelectual»¹. Si tomamos en serio este juicio cargado de ironía, cualquier nuevo estudio sobre Flp 2, 6-11 habrá de esforzarse por no aumentar gratuitamente la larga lista de opiniones en torno a un tema tan manido. Y aunque, en último término, tendrán que ser los lectores quienes juzguen la idoneidad o no de la obra que ahora tienen entre sus manos, deseo justificar antes de nada la razón de haberme animado a emprender también yo su estudio.

Si alguna originalidad tiene la presente investigación, ésta pasa por discernir la función de Flp 2, 6-11 en la formación de lo que denominamos una *identidad cristiana*. Bien es cierto que, para ello, resulta obligado tomar en

1. A. B. Bruce, *The Humiliation of Christ in its Physical Ethical and Official Aspects*, London 1876, 8.

serio la relación de dicho himno con el resto de la Carta, una circunstancia que a menudo ha sido obviada.

Pablo escribe a una comunidad con intereses y conflictos concretos para animar a sus integrantes a adquirir una forma de vida fiel a lo que él entiende que es el núcleo de las buenas nuevas; asimismo, exhorta a sus destinatarios teniendo clara conciencia de que su predicación va a ser recibida dentro de una sociedad con unos valores marcados por la búsqueda del honor y el poder. En medio de todo ello, en medio de la *vida*, del mundo, el apóstol urge a centrarse en Jesús (2, 5) como referente de esta vida. Pero ¿resulta en verdad viable el camino alternativo que propone? ¿Qué quiere comunicar Pablo a través de este texto tan conocido y que, a pesar de todo, tantas veces ha sido abandonado por aquellos que dicen seguir a Jesús, el Cristo?

Soy consciente de que vivimos en una sociedad occidental de notable arraigo cristiano, por lo que tras dos mil años parecería del todo innecesario tener que hablar de lo que queremos comunicar por medio de la expresión «identidad cristiana». Los lectores de estas páginas seguramente han tenido ya un encuentro –más o menos provechoso– con alguna versión del cristianismo occidental. Sin embargo, lo que en un principio fue posible describir de forma sencilla con la expresión «ser cristiano», el paso de los siglos ha añadido nuevos matices que trataban de responder a las nuevas situaciones no previstas en las primeras formulaciones².

2. Podría parecer un tema baladí, pero existe una dificultad inherente cuando tratamos de describir las cosas. Recientemente, tras los disturbios causados por algunas comunidades de inmigrantes en muchas ciudades francesas, el ejecutivo de aquel país creó una comisión para determinar qué significa «ser francés». Los resultados, como no podía ser de otra manera, fueron vagos e inútiles de cara a producir algún tipo de legislación. ¡No resulta nada fácil definir algo que aparentemente es obvio!

Y es que todo parece sencillo hasta que hay que definir las cosas. El tránsito de lo aprehendido por la práctica cotidiana hasta su formulación teológica se convierte en un paso creativo y complejo, donde se tienden a difundir aspectos importantes en aras de una mayor accesibilidad al elemento en cuestión. En el punto concreto de la identidad cristiana, una cosa es qué entiende cada individuo por ella y otra muy distinta de dónde se deriva dicha comprensión. No pretendemos, en todo caso, hablar tanto de la relación que existe entre *ortopraxis* y *ortodoxia* como de algo más vital: la *identificación* básica y primaria de los creyentes con el ejemplo de Cristo, identificación que además de venir determinada por una ideología concreta, es reforzada por elementos emotivos y cognitivos que aportan base real y hacen de ella una alternativa de vida plausible en la sociedad donde se vive. A menudo se ha creído que la mera formulación teológica o dogmática bastaba para justificar el *ethos* de la comunidad creyente, como si el paso de la definición teológica a la praxis se realizara de forma mecánica. Hoy día sabemos, sin embargo, que el proceso es más complejo y demanda un acercamiento multidisciplinar.

1. LA APORTACIÓN DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Para despejar este complejo panorama, no basta un estudio de tipo teórico o puramente teológico. A él debe acompañar al menos otro que muestre cómo quiere el apóstol Pablo animar a la comunidad filipense a acoger su concepción de lo que significa ser seguidores de Jesús, el Cristo, y cómo pretende influir en la comunidad de fe con la particular comprensión de la identidad cristiana que refleja Flp 2, 6-11. Esta comprensión resalta valo-

res contrapuestos a la sociedad de su tiempo: humildad, servicio, entrega sin límites, abajamiento... No podemos asumir, sin embargo, que estas ideas se transfirieran automáticamente a la comunidad de fe sin atender antes a las estructuras sociales y cognoscitivas que les aportaban sentido y contenido. Tenemos que preguntarnos por aquello que está más allá y más acá del texto, es decir, por las estructuras sociales y de pensamiento que permiten que el himno objeto de nuestro estudio se convierta en un vehículo de comunicación social *efectivo*.

Y es aquí donde la aportación de las ciencias sociales resulta imprescindible, pues responde no sólo a preguntas de carácter teológico o ideológico, sino a aquellas de índole social, antropológico, etc., que aportan una base concreta a las primeras³. Se trata de abordar lo que plantea el texto bíblico desde la complejidad de la vida humana, integrada por pensamientos, estructuras sociales, creencias, experiencias diarias..., elementos todos ellos que afectan a la manera de procesar la información que recibimos. No es que los estudios bíblicos tradicionales no hubieran hecho caso de dichos elementos, sino que hasta ahora no habían sido considerados parte esencial del proceso interpretativo. Desde esta lógica, vamos a centrar nuestro interés en conocer cómo entendieron los creyentes de Filipos las palabras de Pablo; en segundo lugar, por qué el Apóstol les exhortó al seguimiento de un Señor abajado y a imitar ese comportamiento en sus relaciones diarias; en tercer lugar, cómo se forma o se expresa la identidad de las personas o se construye y percibe en la sociedad, ámbito en el que Pablo les insta a llevar a cabo tal identidad; por último, cuáles son los mecanis-

3. R. Aguirre, *El método sociológico en los estudios bíblicos: Estudios Eclesiásticos* 60 (1985) 305-331.

mos por los que las personas pueden llegar a identificarse con unos valores denostados en su propia cultura⁴.

Estas preguntas invitan a un estudio más amplio del contexto histórico y social donde surge la Carta, pero también a reflexionar cómo y por qué se realizan estos procesos en la vida diaria. Alejados de los receptores originales de la Carta, sería iluso asumir que su forma de vida era exactamente como la nuestra; debemos ser conscientes, por tanto, de que existe cierta distancia temporal y cultural con ellos, lo que nos llama a acercarnos al texto antiguo de forma *respetuosa*, o sea, sabedores de que estamos adentrándonos en un mundo extraño que tiene una forma distinta de pensar. Podemos empezar, eso sí, con lo cercano, con aquello que conocemos, con unas nociones informadas acerca de cómo las personas de hoy día construyen su identidad social y personal. De esta forma, podemos acercarnos con mayores garantías al mundo antiguo y verificar si lo que sabemos de nuestro mundo actual puede ayudarnos a descubrir patrones de conducta típicos que iluminen nuestra comprensión del texto bíblico⁵. No se trata de crear nuevos mundos, sino de partir de lo conocido (nuestro contexto) para llegar a lo desconocido (el contexto antiguo), a pesar de que creamos conocerlo suficientemente⁶.

4. El estudio social ya se había llevado a cabo anteriormente dentro de ese interés por el *Sitz im Leben*, pero éste se reducía al contexto eclesial (en esencia a un *Sitz im Glauben*), sin estudiar su interrelación con el contexto socio-cultural más amplio. El estudio por medio de las ciencias sociales quiere responder de forma directa a estas preguntas.

5. J. H. Elliott, *What is Social-Scientific Criticism?*, Minneapolis 1993, 15, se refiere a este proceso en su función heurística, es decir, nos permite descubrir nuevas relaciones dentro del mismo texto, a la vez que amplía nuestro horizonte. Cf. una instructiva crítica de este proceso de lectura en D. G. Horrell (ed.), *Social-Scientific Approaches to New Testament Interpretation*, Edinburgh 1999, 3-26.

6. B. J. Malina, *Scienze sociali e interpretazione storica. La questione della retrodizione*: Rivista Biblica 39 (1991) 306.

2. EL PROBLEMA DE LA IDENTIDAD (CRISTIANA)

Si preguntamos al hombre de la calle cuáles son los rasgos que le definen como «ciudadano», «demócrata», «creyente» o «persona sin más», recibiremos tantas y tan variadas respuestas como individuos nos contesten. No cabe duda de que el tema de la *identidad* reviste hoy día una gran actualidad y constituye un campo de investigación que tiene relación directa con las preocupaciones de un mundo cada día más globalizado; asimismo, este tema se asienta en una larga historia donde los individuos han tratado de afirmar su idiosincrasia en relación con otros grupos humanos⁷. Ahora bien, el término «identidad» se usa a menudo con escasa precisión⁸. Un autor que ha reflexionado sobre esta categoría considera que «la identidad no consiste en modo alguno en una igualdad de un sujeto consigo mismo, sino en unos esquemas intencionales que recibimos de los demás»⁹. Tal apreciación es acertada, pues lo que otros reflejan acerca de nosotros tiene un fuerte impacto en cómo nos definimos y en cómo nos reconocemos. Este esquema responde a lo que denominamos «identidad personal». Pero el individuo busca también su inserción en un grupo más amplio, del que recibe una «identidad social» que tiende a reforzar su valía; al identificarse con el grupo, el individuo se beneficia de las características (normalmente de las *positivas*, aunque no siempre) que éste posee. En línea con

7. F. Barth (ed.), *Ethnic Groups and Boundaries. The Social Organization of Culture Difference*, Long Grove 1998; B. Anderson, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (ed. rev.), London-New York 2006.

8. P. F. Esler, *Conflicto e identidad en la Carta a los romanos. El contexto social de la Carta de Pablo*, Estella 2006, 28.

9. A. González, *Estructuras de la praxis. Ensayo de una filosofía primera*, Madrid 1997, 132.

lo dicho, tal vez sea mejor entender la identidad como un concepto amplio, que figuradamente combina el mundo personal o íntimo con el espacio colectivo de las formas culturales y las relaciones sociales¹⁰.

Existe un extenso debate acerca de si la identidad es algo con lo que nacemos, una suerte de «esencia» (perspectiva *primordialista* o *esencialista*), o algo que, por el contrario, se va construyendo socialmente a lo largo de nuestra vida (perspectiva *constructivista*). No cabe duda de que como individuos nacemos con determinados rasgos que ya nos definen (la fisonomía, lo étnico, la familia, el apellido, etc.), pero también que el entorno nos descubre otra serie de rasgos (por ejemplo, la capacidad de expresión escrita que otros perciben en nosotros nos puede animar a optar por una carrera editorial). En este sentido, decantarse por una u otra opción obviaría aspectos que se enfatizan en alguno de los campos¹¹. Lo cierto es que si queremos arrojar cierta luz sobre esta discusión, hemos de alejarnos de planteamientos reduccionistas. Si la identidad es una cuestión de esencia, de «afectos naturales» integrados en los individuos y los grupos,

10. D. Holland et al., *Identity and Agency in Cultural Worlds*, Cambridge-London 2003, 5; J. M. Lieu, *Christian Identity in the Jewish and Graeco-Roman World*, Oxford 2004, 12, presenta una definición «rudimentaria» que incluye ideas de vinculación, igualdad y diferencia, continuidad e incluso cierto grado de homogeneidad, así como el reconocimiento de uno mismo y de otros.

11. Aquí hemos de ser cautos. Incluso categorías como la identidad étnica se muestran más maleables de lo que se pensaba *a priori*, ya que ésta se define en las fronteras, allí donde los diversos grupos étnicos se encuentran (cf. A. P. Cohen, *Self Consciousness. An Alternative Anthropology of Identity*, London-New York 1994, 10). El tema es más complejo si cabe, ya que para cada categoría habría que matizar de qué forma influye, a qué periodo histórico nos referimos y sobre quiénes ejerce tal efecto. Las identidades no son algo estático, sino que se van definiendo y redefiniendo a partir de nuevas situaciones que hay que enfrentar. Son, por consiguiente, dinámicas y abiertas al cambio (cf. J. M. Lieu, *Christian Identity*, 13s).

entonces hemos de concluir que tal forma de identidad no es un elemento de elección cuanto de continuidad de valores tradicionales que forman parte del imaginario social —especie de arquetipos socioculturales— y que percibimos como tales en su manifestación social/pública. A su vez, el acercamiento constructivista resalta el papel de la cultura en la integración del individuo por medio de una serie de patrones de conducta que socializa al individuo en el grupo más amplio. Tal vez haya, en todo caso, una manera de integrar ambos campos teniendo en cuenta que existen características con las que nacemos (y que se refuerzan o debilitan en nuestro trato social diario) y otras que se van desarrollando a lo largo de nuestra existencia¹². ¿Qué ocurre en la vida diaria? Que los individuos, y en menor medida los grupos, están ubicados en las tensiones entre sus historias pasadas, que influyen en ellos, y los discursos e imágenes actuales, que de alguna forma les atraen. En este proceso continuo de remodelación, las identidades se convierten en refuerzos cognitivos, a pesar de su necesidad de apoyo social y de lo vulnerables que son al cambio, y ofrecen así una posibilidad de dirección personal.

La opinión que acabamos de expresar toma en consideración el hecho de que las identidades son múltiples y no estáticas; así, cada individuo trae consigo un trasfondo personal único y compartido que, a la vez, va siendo conformado con otras características que respon-

12. Por lo que se refiere a la «identidad étnica», tenemos un clarificador resumen de estas teorías en el campo de la antropología, cf. G. C. Bentley, *Ethnicity and Practice: Comparative Studies in Society and History* 29/1 (1987) 24-55. Para ver la crítica que se hace de este acercamiento y su contrarréplica, K. A. Yelvington, *Ethnicity as Practice? A Comment on Bentley: Comparative Studies in Society and History* 33/1 (1991), 158-168 y G. C. Bentley, *Response to Yelvington: Comparative Studies in Society and History* 33/1 (1991) 169-175.

den a nuestro único pero también común devenir en la historia¹³. Para conocer cuál es la identidad a la que hacemos referencia en un momento concreto, deberemos fijarnos en la acción personal percibida en el individuo y en éste dentro del grupo. Asimismo, para conocer las diversas identidades que dan razón de la realidad percibida (raza, sexo, ocupaciones, divisiones de clase, etc.), hemos de reconocer que dichas identidades no vienen a nuestro mundo y se apoderan de individuos para darse a conocer, ni tampoco hemos de considerarlas «vivas», a menos que exista un considerable esfuerzo social por parte del individuo y de la sociedad por su mantenimiento y refuerzo. Si deseamos conocerlas y estudiarlas en profundidad, hemos de concluir que estas tienen lugar en su *práctica social*¹⁴.

La presente obra, al tener como finalidad descubrir la transformación social que Pablo tiene en mente con el himno a Cristo (2, 6-11), combina aspectos derivados de la antropología cultural y la teoría de la identidad social, así como el estudio social y cultural de la sociedad mediterránea del siglo I de nuestra era. Podríamos haber iniciado nuestra investigación con el comentario exegético al himno de Flp 2, 6-11, pero la fidelidad y coherencia con el proceso interpretativo que proponemos nos exige comenzar con una visión general de la Carta, que ayudará a situar el himno dentro del contexto de la misma. Seguidamente nos detendremos en el mundo antiguo, por ser el ámbito donde tiene lugar la comuni-

13. Para una descripción detallada de esta teoría que comprende a los seres humanos como individuos totalmente diferentes y a su vez totalmente iguales y que da pie al uso de las ciencias sociales en el estudio del Nuevo Testamento, cf. B. J. Malina, *El mundo del Nuevo Testamento*, Estella 1995, 20-27.

14. D. Holland et al., *Identity and Agency*, VII (el subrayado es mío).

cación escrita entre Pablo y la comunidad filipense. Este segundo capítulo, más extenso de lo habitual, servirá para guiar a los lectores en el conocimiento del contexto social e histórico, que influye de forma determinante en la manera de comprender el mensaje de Filipenses. Con todo, tal vez algún lector prefiera pasar directamente al estudio del himno en el capítulo tercero y dejar la lectura del segundo para más tarde, cotejando de esta forma la interpretación del texto con su contexto vital.

Los restantes capítulos desgranán la potencia del himno y la sugerente transformación social que Pablo pretende transmitir por medio de él. Haciendo uso de las categorías formales de las ciencias sociales, podemos ahora ver con más claridad el proceso creativo que el apóstol trata de llevar a cabo en la pequeña comunidad de fe filipense. Se trata de un camino arduo, radicalmente contracultural y, como es lógico, necesario para toda aquel que pretenda identificarse con Jesús, el Cristo, Dios abajado. Tal vez, entre tanta palabra, podamos hallar alguna fuente de inspiración que nos ayude a percibir con mayor claridad lo que significa «identificarse» como seguidores de Jesús, el Cristo, hoy en día.

No puedo concluir estas palabras iniciales sin expresar mi sincero agradecimiento a Juan Sánchez y a Antonio González, compañeros de vocación, por sus comentarios y sugerencias para mejorar la presente obra. Mención especial merece Santiago Guijarro por su invitación a participar en esta colección y por sus sabios consejos, que me han ayudado a presentar con más claridad mis ideas. Gracias de corazón.